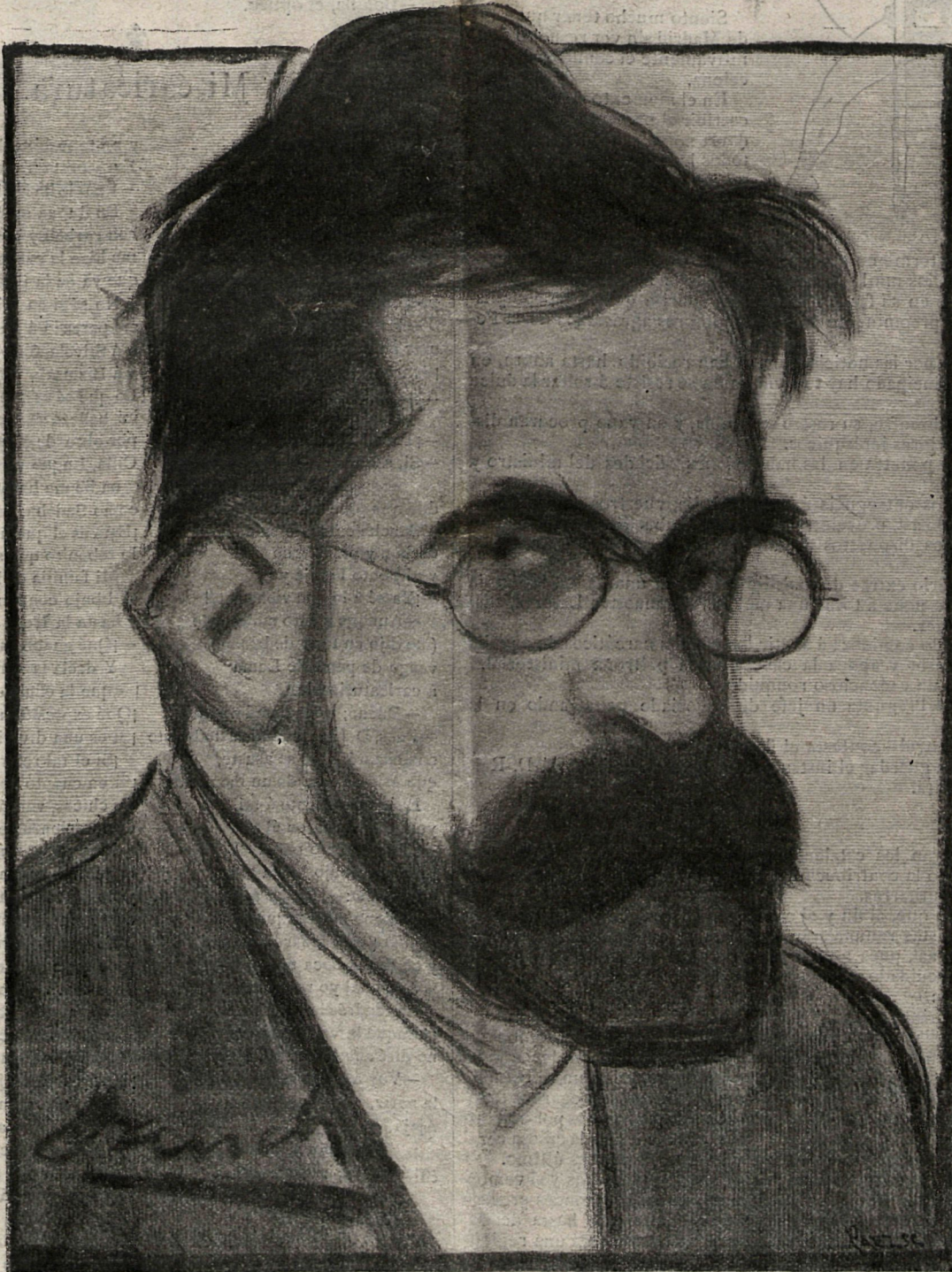




Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Juan Pérez Zúñiga, Caricatura de SANCHIA



Cojan á bulto un *papel*
con su firma, y hallarán
de *vis cómica* un plantel.
Este sí que es un Don Juan
que no hay quien pueda con él.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mi caricatura, por Juan Pérez Zúñiga.—La sobrina del Papa, por Eladio de Lezama.—Intimas, por Francisco Flores García.—Paliqne, por Clarín.—Cosas que pasan, por Ramón Asensio Más.—Anuncio libre, por Eduardo de Palacio.—Tête-à-tête, por Félix Limendoux.—París al vuelo, por Fray Candil.—Fruslerías, por Alberto Casañal Shakery.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Juan Pérez Zúñiga, caricatura de Sancha.—¡Plancha!, por V. Tur.—¡A la pelea!, por Sancha.—Dime cómo viste, te diré quién es, por Leal da Camara.—Modas, por Cilla.—Puntualidad, por Sancha,



DE TODO UN POCO

Siento mucho tener que salir de Madrid sin ver resuelto definitivamente el conflicto de Barcelona.

En el momento de empezar a escribir el presente artículo, todavía no se sabe si han pagado todos los apreciables morosos, y yo me veo en la necesidad de marcharme a Sevilla llevando la duda en el alma.

Hubiera querido poder decir

á la hora de meterme en el tren:

—¡Gracias, Dios mío! Ya vuelve á ser feliz D. Raimundo. Ya se dibuja de nuevo en su faz la encantadora sonrisa que le ha conquistado un puesto preeminente entre los hombres agraciados de la Península.

Pero á juzgar por las noticias que se han recibido hasta ahora, en la capital del Principado hay todavía quien se resiste á soltar la dulce gaita.

Don Raimundo sufre, su rostro se nubla, y en vano procuran distraerle sus inferiores jerárquicos.

Uno de ellos penetra en las habitaciones oficiales del ministro y le dice:

—Señor, no os entreguéis á la melancolía, vuestros planes financieros, digámoslo así, prevalecerán al fin y al cabo. En el interin, aquí estamos nosotros dispuestos á endulzar las horas de vuestra existencia...

Y el funcionario extrae del bolsillo del gabán una flauta, la limpia con esmero y se pone á tocar una melodía del maestro Latérez, discípulo de Wagner.

Don Raimundo comienza á sentir los efectos narcóticos de aquella música modernista y apoya la cabeza en la poltrona ministerial... Después oýese un cadencioso ronquido.

—¿Duerme?—Pregunta un jefe de negociado penetrando en la habitación.

—Como un ángel—contesta el flautista.

Y después de guardar el instrumento, besa en la frente á D. Raimundo y se retira.

Si presenciaran los catalanes los sufrimientos del ministro, ya hubiesen pagado la contribución y hasta le hubieran enviado un talleo lleno de butifarras.

Confiemos en que, al fin y al cabo, todo se arreglará bienamente y que los catalanistas renunciarán á declararse autónomos corrosivos.

Ojalá suceda así, pues no me gustaría nada estar en Sevilla completamente descuidado y recibir carta de un tío que tengo en Barcelona diciendo:

«Querido sobrino: tengo el gusto de participarte que desde ayer á las cuatro y media somos autónomos completos todos los vecinos del barrio de Escudillers. Al principio se había pensado en declarar la autonomía *universal catalana*; pero después hubo quien no se conformó con esta tendencia absorbente y convinimos en segregarnos todo lo posible, de modo que nos hemos constituido en cantones por barrios con absoluta independencia unos de otros, á fin de cortar la odiosa centralización que nos ha estado *corroyendo* hasta el martes último.

«Probaremos el nuevo sistema durante ocho ó diez días y si vemos que no somos bastante independientes por barrios, entonces proclamaremos la autonomía por calles y así sucesivamente hasta declararnos autónomos unipersonales. Entonces cada casa será una región *in*, como si dijéramos, un estado libre. Yo, verbigracia, resultaré presidente de la república de mi casa y tu tía gobernador del Estado.

«La cuestión es evitar que se absorban mis productos y los de tu tía. Que cada cual viva de lo suyo y se satisfaga asimismo las contribuciones.

«Ahora lo que temo es que tu tía pretenda también declararse cantón independiente y quiera vivir sola en su cuarto, huyendo de la centralización conyugal.

»De todas maneras, los catalanistas hemos dado un gran paso en el camino del progreso.

»Sabes te quiere tu tío y presidente de la república de la calle de Escudillers, 154, segundo,—*Aquilino*».

Estas tendencias nuevas van haciendo camino en España y ya se dice que los de Soria se quieren separar también de nosotros.

Hay allí un joven grabador con ideas avanzadísimas, que prepara unos sellos en que aparece Soria representada por una matrona con mantón, sentada en el suelo y haciendo mantequilla. Al pie de la matrona se lee esta inscripción: *Soria para los sorianos. Autonomía ó muerte.*

Lo que temo es que durante mi ausencia, se declare autónoma la provincia de Madrid y después el distrito del Congreso y después la calle del Príncipe, donde tengo mi domicilio.

Quién sabe si á mi vuelta me harán pagar derechos por entrar en mi casa.

—No se puede pasar—es posible que me digan.

—¿Por qué?

—Porque en el Estado independiente de la calle del Príncipe, hay que satisfacer derechos de importación personal.

—¿Quién ha dispuesto semejante cosa?

—El gobernador del Estado.

—¿Y quién es ese gobernador?

—Bonilla, el óptico.

LUIS TABOADA

Mi caricatura.

A poco de despertarme la otra mañana, sentí llamar á la puerta y ví que entró la Irene á avisarme.

Al punto la pregunté: «¿Quién es?» Y dijo la Irene: —El señor Sancha, que viene preguntando por usted.

—Pues, hija mía, no puedo caer en quién es el tal. ¡Sancha!... ¿Será el Cardenal Arzobispo de Toledo?

—Dice que es el dibujante. —¡Toma! ¿El caricaturista?

—Sí, señor. —Pues anda, lista, dile que pase adelante.

Sancha entró; le saludé, carbón y papel sacó y al punto le dije yo: —¡Ya sé á lo que viene usted!

—Aunque siento molestarle (me dijo en tono de broma) vengo de parte de Loma á caricaturizarle.

—Bueno; tome usted asiento. —Pues, D. Juan, cuando usted guste comenzaré... No se asuste, que esto es cosa de un momento.

Él se puso frente á mí, yo fijé mi vista en él y sobre el terso papel hizo un dibujo hasta allí.

Él decía:—Hágase atrás... y perdóneme mi franqueza. ¿Quiere usted alzar la cabeza y cerrar la boca más?

A lo cual yo respondía: —La tendré siempre cerrada. ¡Aunque la vea copiada, no diré esta boca es mía!

—Voy á tomarle en un vuelo la nariz, que es seductora. Ajajá.

—Bueno, y ahora ¿qué va usted á tomarme?

—El pelo. —Muchas gracias.

—Pronto acabo. ¡Concho!

—¿Qué es eso?

—Un descuido: que las gafas me han salido detrás de los ojos.

—¡Bravo!

—Sólo falta una sonrisa

y un toquecito al bigote... Ea, ya estamos á flote.

—Pues lo ha hecho usted bien de prisa. En fin, en media mañana, con carbón y con soltura me hizo la caricatura que va en la primera plana.

No sé si en mi efígie hermosa me parezco á San José, ó á Silvela, ó á Noé, ó á Bismark, ó á la Fragosa.

Lo que sé es que aunque en un brete mi belleza se encontró por obra de Xaudaró Cilla, Luque y Navarrete,

nadie me ha puesto hasta hoy como Sancha: no por cierto. ¡Este es el que ha descubierto lo rebonito que soy!

Mi familia de hito en hito el dibujo contemplaba y hasta la Irene exclamaba: —¡Qué guapo está el señorito!

Y decía la verdad, porque la efígie es preciosa. ¡Qué expresión más candorosa! ¡Si es una divinidad!

¡Si el tal rostro es seductor! ¡Si en cuanto lleguen á verme las chicas, van á lloverme declaraciones de amor!

Mas va á tirarse una plancha la que venga á hacerme el oso y no me halle tan hermoso como me ha pintado Sancha.

Yo que horroroso me creo y de serlo no me río, pues una vez hasta un tío me desheredó por feo,

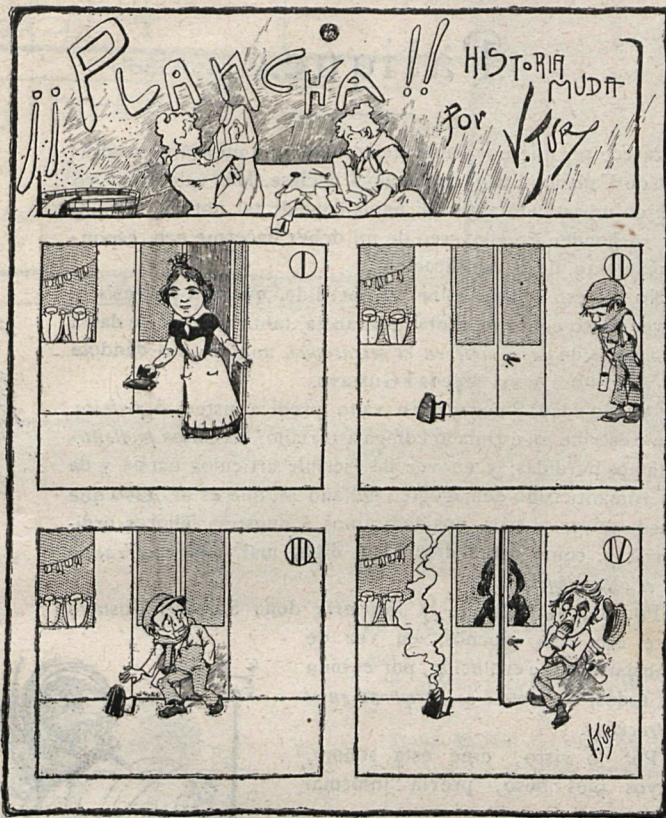
exclamo hoy con alegría al ver mi caricatura: ¡Si soy una miniatura! ¡Si soy una monería!

Y no es raro, al verme aquí con cara tan hechicera, que se le antoje á cualquiera tomarme por una huri.

Esto, Sancha, es un favor, que jamás olvidaré, puesto que hace ver usted con su ingenio superior,

que soy al cabo y al fin (¡como quien no dice nada!) más hermoso que Taboada, que Luceño y que Clarín.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



La sobriña del Papa.

CUENTO DE AMOR

La primera vez que la vi, fué en la calle de Sevilla. Iba sola y todos se volvían para mirarla: los hombres, admirados, las mujeres, con envidia.

Alta, esbelta, blanca y rubia, con un traje azul y un sombrero adornado con grandes plumas blancas, te aseguro, lector, que daba la hora.

A mi me dió un vuelco el corazón y me quedé absorto contemplándola. Pero, ¡ay! cuando más fascinado estaba por aquella espléndida visión, la espléndida visión subió á un coche de alquiler sin cuidarse mucho de que en la ascensión guardaran un riguroso incógnito sus piernas.

Esto fué para mí el golpe de gracia. Aquellas piernas que, merced á las medias negras, destacaban vigorosamente sus elegantes y voluptuosos contornos sobre la blanca enagua, se grabaron para siempre con rasgos de fuego en mi memoria.

Yo no he visto las famosas piernas de la Diana cazadora más que en yeso, pero á mi juicio, mi Diana del coche pesetero, aventaja á la diosa en ese punto, aunque las medias negras le dan el aire de haber tomado pediluvios de tinta.

Pero voy á correr un velo sobre estas voluptuosas imágenes para proseguir mi historia.

Cuando vi que mi hermosa incógnita se metía en un simón y que al marchar me disparaba, como la flecha del Partho, la imagen de sus piernas, bien se me ocurrió que yo debía tomar un *fiacre*, diciendo al cochero: «Sigue aquel carruaje, veinte francos de propina.» Yo no recuerdo si por allí había esos *fiacres*, que tan á punto hallan en los folletines á medio traducir, los personajes de novela; lo sé de fijo es que á la sazón no tenía yo en mi bolsillo, no digo veinte francos, ni siquiera una peseta.

Esta fatal circunstancia, me impidió correr tras de mi rubia. En la pena que sentí al verla desaparecer, formé el propósito de buscarla por todo Madrid y no cejar en mi empeño hasta dar con ella.

Así lo hice. Arrebatado por mi repentina y violenta pasión, desde aquel día me dediqué á recorrer calles, paseos, cafés, teatros y todos los sitios en que me parecía posible encontrarla. Apenas divisaba en cualquier parte unas plumas blancas, echaba á correr tras ellas atropellando á la gente y sin reparar en el riesgo de que me aplastase un tranvía. Los enconrones que sufrí y los empellones que me dieron, no son para contados; tampoco he de contar las muchas veces que me llamaron pedazo de animal y bruto.

Un día que, como siempre, iba yo pensando en ella, pasó de pronto por delante de mí un carruaje en el que vislumbré dos señoras, un sombrero con plumas blancas, adornos de encaje y otros arcos femeniles. «¡Ella es!» Dije para mí, y sin encomendarme á Dios, me lancé tras el coche, que por cierto iba á buen paso. Corrí, lo alcancé, y asomándome á la portezuela, vi con horror que había tomado por mi rubia al ministro de Fomento que iba de gran uniforme á Palacio con el Patriarca de las Indias.

Aunque me llevaron á la prevención por de pronto, este percance no me hizo escarmentar y proseguí mis pesquisas cada vez con más ardor.

A pesar de que el verdadero amor es tímido y reservado, decidí franquearme con algunos amigos, para ver si me ayudaban en mi empresa. «Por las señas, me decía uno, esa dama que buscas debe

ser la que trabaja en el Circo con dos cerdos amaestrados.» «Yo creo, añadía otro, que á esa señorita la he oído cantar en el teatro de la Primavera unos *couplets*, buscándose una pulga.»

Tales suposiciones me parecieron absurdas, refiriéndose á una dama que, á mi juicio y echando por lo corto, cuando menos debía de ser condesa. Bastante más juiciosa y acertada hallaba yo la opinión de un caballero andaluz, compañero mío de posada. Según éste, todas las señas de mi hermosa incógnita eran exactamente y sin variar un punto las de una dama muy ilustre con la cual había hecho el viaje á Madrid desde Sevilla. Esta ilustre dama, al decir de mi andaluz, era nada menos que una sobrina de Su Santidad, que había venido á España en compañía de un hermano encargado de traer al obispo de Coria la birreta cardenalicia. «Créame ozté, decía el sevillano con la mayor seriedad; no pué zer otra.»

Al principio la cosa me pareció probable y luego la tuve por segura.

Aunque con esto me era ya más fácil encontrarla, preciso me fué interrumpir mis pesquisas por unos días, pues con tanto correr de una parte á otra, recibiendo chaparrones y tomando frío, me había dado una fluxión á la boca y tenía un carrillo muy hinchado.

Pero, ¡lo que son las cosas! una noche que para cierto asunto había salido yo de casa llevando mi carrillo hinchado cubierto con un pañuelo, al pasar por la calle de Alcalá me veó á mi hermosa rubia que entraba en el teatro de Apolo con dos señores. A los pocos momentos entraba yo también y muy pronto la divisé en un palco con sus dos acompañantes que me parecieron extranjeros y diplomáticos por el aire estirado y las gardenias.

Me figuré que uno de ellos era su hermano y supuse que el otro habría venido también en la embajada. «Por lo visto, pensé, se necesitan dos diplomáticos para traer una birreta.»

Con esto ya no tuve la menor duda de que la joven era sobrina del Papa y en mis adentros felicité á León XIII por su sobrina. ¡Qué hermosa estaba!

Como yo no apartaba de ella los ojos, al fin hubo de notar mi insistencia y... vamos, aunque no la echo de Tenorio, puedo asegurar que no la ofendió mi atrevimiento, pues al mirarme se sonreía.

Esto me dió mucho ánimo y para hacer valer mi figura me quité el pañuelo de la cara. Entonces...

Quiero abreviar mi relato: la catástrofe se aproxima.

Al acabarse la función salí corriendo al vestíbulo para ver un instante á mi adorada más de cerca. Aunque iba entre los dos diplomáticos de la birreta, al pasar junto á mi me dirigió una mirada y una sonrisa. Vi el cielo abierto y además vi... Como estaba la acera mojada, para dirigirse al coche la sobrina de Su Santidad se arremangó un poco el vestido y volvió á enseñar las piernas.

Después de esto oí que uno de los gardenias decía al cochero: «calle de Carretas, 72.»

¡Qué noche aquella, lector! Aunque se me deshinchó el carrillo, no me dejó dormir la impaciencia. Apenas fué de día me vestí y empecé á estudiar una declaración amorosa, pues alentado por la actitud... bondadosa de la ilustre dama, me había resuelto á dar un golpe atrevido haciéndola una visita.

En efecto, á eso de las diez me dirigí á su casa y cuando estaba discurriendo en el portal por quién preguntaría, veo en el primer tramo de la escalera á la ilustre dama.

Esta es la mía, pensé; hay que aprovechar la ocasión, y armándome de valor la dije:

—Señorita, ruego á usted que me perdone... vengo sufriendo tanto que me ha sido imposible resistir...

—¡Ah, sí, sí! Ya me hago cargo... Anoche lo advertí. Pero aquí me tiene usted enteramente á su disposición. Suba usted; será cosa de un momento.

Cuando oí estas frases pronunciadas con acento muy extranjero pero no italiano, mi sorpresa no tuvo límites. «¡Cielos! pensaba yo, una mujer tan hermosa y sobrina del Padre Santo por añadidura que se pone á mi disposición á las primeras de cambio y en su propia casa...» Yo creía estar soñando. Pero por sí ó por no y entre dormido ó despierto subí tras ella.

Me hizo atravesar algunas piezas que me parecieron lujosamente amuebladas y me llevó á un gabinete donde con gentil desenfado se quitó el abrigo y el sombrero que tiró sobre un sofá.

—Supongo, me dijo con acento cariñoso, que no tendré necesidad de sacársela. En fin, vamos á verla. Siéntese usted.



¡Á LA PELEA!, por Sancha.

Y diciendo esto, me indicaba un asiento de forma particular. Entonces comprendí de pronto todo el horror de mi situación. Aquel sillón de aspecto extraño, los armarios con piezas anatómicas, los instrumentos de acero relucientes... ¡Qué rayo de luz!

La que yo había creído sobrina de Su Santidad era una DENTISTA. ¿Qué habrías hecho tú, lector, en mi caso? Yo me dejé sacar la muela.

ELADIO DE LEZAMA

Intimás.

Mi apreciable Juan: *ha sido* tu epístola en mi poder, aunque se debió perder como otras que se han perdido.

Tu intención es la más bella, mas no basta la intención, porque es una indiscreción notoria el hablarme de ella...

Si sabes—y no eres lerdo—que es ya cosa concluida, ¿a qué renovar la herida con importuno recuerdo?

Es cierta tu afirmación de que nunca me ha querido y que fué su amor fingido y fingida su pasión.

Pues sabiendo, como sé, toda la triste verdad, la quiero con ceguedad y con locura. ¿Por qué?

Por que sí; que no hay razón que tal absurdo explicara; si la pasión razonara dejará de ser pasión.

Pídeme que no la vea, y te podré obedecer,—aunque el verla es un placer en que el alma se recrea.

Pídele a mi orgullo, ofendido en aquello que más hiera, que muerta la considere, y serás obedecido.

Tengo esa resolución; y a pesar de tal intento, la llevo en el corazón, tan dentro, tan escondida y tan firme a mi pesar, que no la puedo arrancar sin arrancarme la vida.

Y no me puedo vencer ni lanzar de la memoria aquella febril historia de inagotable placer; aquellas horas rientes que anudaron nuestros lazos; aquellos fieros abrazos, a aquellos besos hirvientes...

Palique.

Parece ser que no resulta cierto lo de que un señor catedrático de Valladolid vaya borracho a la clase. Más vale así; y yo que en mi artículo anterior había copiado tal noticia, aunque sin responder de ella, creo de mi deber hacerme eco, espontáneamente, de la rectificación.

No por eso deja de estar esto perdido, que era mi tesis; y al ver tanto egoísmo, tanta ignorancia, tanta miseria, le dan a uno ganas de encerrarse en el ostracismo, aunque sea dándole un disgusto a doña Soledad Gustavo.

¡Ay Soledad, Soledad! En vano predica usted, ó pedrica, como escribe un estimado colega asturiano; las clases pudientes estamos perdidas; y en vez de escribir artículos cursis y de un romanticismo demagógico del año 48, que es lo único que puede salvar al país, nos dedicamos a nuestras labores ordinarias y, como usted dice bien, digo, mal, nos encerramos en el ostracismo.

Porque, si, señores; la libertaria doña Soledad Gustavo dice eso, que muchos, en vez de trabajar por la revolución, por el bien de todos, etc., etc., se encierran en el ostracismo.

Por lo visto, cree esta señora, cuyos pies beso, previa informa-



Con su sombrero hongo y americana va Pepa de paseo por la mañana, y para ver colmadas sus ilusiones sólo e pera a ponerse los pantalones.



—Ahí va ese imbécil de Carlos, que hace dos meses tronó conmigo y ya se ha casado con esa cursi. —Ahora verá la diferencia que hay de ella a ti, y más aún de su abrigo al tuyo.



El boa de rigor para visitas.

leo en *El mundo de los periódicos*, así se llama en el siglo Soledad Gustavo, no debe tomar a mal que yo me permita estas libertades en el comentario de los escritos, sin que por ello crea que se le reconoce una beligerancia imposible.

El feminismo es una cosa discutible. El *marinachismo* una cosa insufrible.

La señora Belén Tórrega ó Córrega ó Bórrega, ó como sea, no es de las que se encierran en su ostracismo; y anda por esas provincias de Dios y de Dato, maltratando al clero en general y burlándose de cuantos han tenido la idea de fundar una religión.

Doña Belén (que debiera desnaturalizar el nombre, para mayor emancipación religiosa), la emprende conmigo, según me dicen, que yo no lo he leído, en un papel titulado la *Conciencia al aire libre*, ó cosa así.

Antes de decirle cuatro frescas a la apóstola, he preguntado si era guapa ó fea.

Y me han dicho que era guapa. Y yo, que en el juicio de Friné, hubiera votado con la mayoría, en vez de tratar a doña Belén como a un mono-sabio de la prensa, agunto el chaparrón de sus improprios...

Y presento la otra mejilla. Doña Belén, Aspasia de la legua, anda por los pueblos defendiendo la

quién es, por LEAL DA CAMARA



Una cursi. Un fatuo. Un golfo.



Un infeliz sin el uniforme. Un beneficiado. Un autor silbado.

Sin ninguna duda creo que es una mujer odiosa, funesta; pero es hermosa como sueño del deseo, y su imagen peregrina va reflejada en mi mente como cielo transparente en la fuente cristalina...

Cuanto me dices lo tengo olvidado de sabido. Te estoy muy agradecido por tus noticias. Convento en que me quieras de veras, y ahora me lo has demostrado, porque me has aconsejado las máximas más severas.

Si, tienes mucha razón al pedirme que la olvide; pero el que tal cosa pide no conoce el corazón humano, y de sus razones puede inferirse además, que no ha vivido jamás en lucha con sus pasiones,—ó que no las ha tenido, por su desgracia ó su suerte, y así se puede ser fuerte y decretar el olvido...

¡Cuán equivocado estás, por ignorancia ó costumbre! Pídele al sol que no alumbre y al río que vuelva atrás. ¿Qué es pretensión irrisoria? Pues es igual pretensión poner dique a la pasión y frenos a la memoria.

y aquel terrible delirio que nuestro ser absorbía y en el cual se confundía el goce con el martirio...

En mi ardiente frenesí no hay nada que me consuele. Pídele al tiempo que vuele y tenga piedad de mí...

En tan triste situación con tu consejo te dejó; que es inútil el consejo en pleitos del corazón.

Medita en lo que te digo y ello te podrá indicar a dónde debe llegar el consejo de un amigo.

Y no sientas el engaño de que fui víctima triste, porque en este caso existe consuelo a mi desengaño, recordando este aforismo que aprendí de no sé quién: «Si el amor se finge bien, es para el caso lo mismo, y *ella*, en rigor de verdad, con tal arte lo fingió, que creo que sorprendió a la misma realidad.

Cesa, pues, en tu quimera, que va rayando en manía. Yo la olvidaré algún día. ¿Qué cuando? Cuando Dios quiera.

Por la copia, FRANCISCO FLORES GARCÍA

ción, que ostracismo viene de ostra; y como las ostras son de lo más cerrado...

Seguindo el criterio de ciertos escritores a lo Pompeyo Gener que creen que se debe hablar, como a uno se le antoje, dando a las palabras el sentido que se quiere, podíamos admitir el ostracismo de la señora Gustavo, y decir, por ejemplo:

—El Sr. Fabié no ha querido dar su opinión acerca de las circunstancias críticas de la política. Ha declarado que sigue y seguirá *encerrado en su ostracismo*.

La verdad es que andan por ahí muchos literatos y literatas, con el ostracismo cerrado ó abierto, pero siempre con ostracismo.

En el español no *libertario*, señora doña Soledad, no podemos, por desgracia, dar a la palabra ostracismo ese valor derivado de ostra.

Ostracismo es el destierro; «el destierro político de los atenienses, según la Academia; y viene de *ostrakis*, tejuelo en que se escribía el voto. Ya ve usted; el destierro; todo lo contrario de una encerrona.

Encerrarse en el ostracismo, es como poner puertas al campo.

La señora doña Teresa Mane, (¿Tecl; Fares?) que según

libre pensament; y hay más de un obispo que la tiene entre ceja y ceja, sin reparar que doña Belén hace mucho más daño al libre examen que a la Iglesia.

Los espectáculos que ofrece a las masas inocentonas, son de la categoría de los que presentaban a la *afición* las señoritas toreras.

Todo el atractivo de las vulgaridades irreligiosas que va predicando esa dama, consiste en que las predica una buena moza. Si en vez de ser doña Belén fuera D. Belén, adiós apostolado. Pero, de todas maneras; más vale ser una demagoga ambulante, pero guapa y fresca, que una literata discreta, con casa puesta, sedentaria, ...y fea como un coco.

Como acabo de echarle algunos pipos a doña Belén, y a doña Soledad no la he dicho «buenos ojos tienes», podría parecer esto falta de galantería por mi parte; ó se podría sospechar que doña Soledad no es ni siquiera agraciada.

No lo sé. No tengo noticia de las cualidades estéticas de la señora Mane, y por eso nada he dicho del físico de esta señora. Pero si es guapa, yo no tengo inconveniente en que sea ostracismo lo que ella quiere.

Y a los intelectuales egoístas de mi conocimiento, les aconsejaré que no se encierran en su ostracismo.

¡La ostra abierta es el Estado libre!

Cosás que pasan. (AL INSIGNE POETA SINESIO DELGADO)

En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiera puesto, tiene que ganarlo como un hombre. SINESIO DELGADO

Jorge era un pobre muchado hijo de unos labradores que, trabajando las tierras con la constancia del pobre, a fuerza de sufrimientos y a fuerza de privaciones reunieron unas pesetas para dar carrera a Jorge.

Y a Salamanca fué el chico siendo un completo aldeano, de cuerpo robusto y ágil, de alma cariñosa y noble, y de allí volvió a su pueblo durante las vacaciones hecho todo un señorito por su hablar y por su porte.

Su estancia en el Instituto le abrió nuevos horizontes y despertó en su cerebro esperanzas é ilusiones, y la lectura constante de libros y papelotes formaron al deseo de alcanzar gloria y renombre.

Así pasaron los meses durante los cuales Jorge, dejándose poco a poco

para conquistar un nombre, con entusiasmos de niño, con arrogancias de joven. Sin protecciones ni apoyos pero sereno y conforme porque no le acobardaban miserias ni privaciones.

¡Ignoraba el provinciano recién llegado a la corte, que no basta valer mucho, ni ser bueno ni ser noble... Hay que saber defenderse contra envidias y rencores y adular a los de arriba y aceptar lo que les sobre!

La escalera de la gloria tiene muchos escalones y los que suben se muelen a puñetazos y a golpes, y al último tramo llegan de cada mil, diez ó doce... y algunos apadrinados que van en los escoleros.

Y pobre de aquel que viene, lo mismo que vino Jorge, trayendo por todo equipo sus versos y sus canciones,

llevar de sus aficiones, publicó algunos trabajos que gustaron mucho entonces y elogiaron los amigos, unos, falsos, y otros, torpes...

Y se pusieron las cosas de tal modo que, una noche, Jorge abandonó su aldea para venir a la corte, trayendo por todo equipo sus versos y sus canciones... y el recuerdo de su madre como amor de sus amores.

Y cuando desvanecidas en las sombras de la noche vió las luces de su pueblo perderse en el horizonte, fué su emoción tan intensa, sintió un pesar tan enorme, que, a ser un poco más blando, se vuelve a su pueblo Jorge; pero acudió a su cerebro y en su cerebro aferróse este trozo de un romance que leyó no sabe dónde:

En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiera puesto, tiene que ganarlo como un hombre.

Luchó lo mismo que un bravo contra enemigos mayores como luchan los que esperan lograr lo que se proponen. Trabajó como un valiente

porque gasta en el combate su fortaleza de roble y es víctima al fin y al cabo que deja que la destrocen, y si sube, sube a costa de sacrificios enormes... dejando en cada peldaño su amor propio hecho girones.

Y así fué; cuando el poeta se vió un día enfermo y pobre, y abandonado de todos, y a solas con sus dolores, tuvo miedo, el miedo horrible de quien el riesgo conoce y sabe que si se ahoga consentirán que se ahogue.

Y angustiado por la pena salió huyendo de la corte, vencido en aquella lucha de sufrimientos atroces...

Por la carretera arriba llegó a su pueblo una noche, y al vislumbrar las primeras luces en el horizonte, sobre la tierra sagrada que labraron sus mayores... sobre la tierra bendita cayó sollozando Jorge.

Y en el polvo de la tierra creyó ver escrito entonces este trozo de un romance que leyó no sabe dónde:

En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiera puesto, tiene que ganarlo como un hombre. RAMÓN ASENSIO MÁS